

Sueños de vida

Juan Carlos Pereletegui



Entrevistador: La próxima comercialización de NEIRH ha convertido al doctor Juan José Tierno, hasta ahora un investigador anónimo de la ESA, en el hombre del momento. ¿Qué tal le sienta esta súbita fama, doctor Tierno?

Juan José Tierno: Sentirse en la cresta de la ola tiene un punto excitante, casi le diría que adictivo, pero me repito continuamente que esta ola también llegará a su playa.

E.: Usted nació en España, en una pequeña ciudad del sur, Molina de Segura. Se doctoró en Neurología en Madrid, con mención especial, pero decidió no ejercer y obtuvo un beca para estudiar informática en Zurich, en el ETH, la escuela politécnica federal. ¿No es un salto demasiado grande de la neurología a la informática?

JJT.: Como la mayoría de los adolescentes, elegí mi vocación por un impulso. Me fascinaba *la inteligencia*, en abstracto y eso me condujo al estudio del cerebro pero cuanto más profundizaba en los procesos cognitivos, más me atraía la idea de construir dispositivos capaces de realizar procesos equivalentes, al menos desde el punto de vista de los resultados. En Zurich todavía se encontraba en activo el doctor Niklaus Wirth, una de las mayores eminencias europeas en informática y decidí encaminar mi futuro en esa dirección.

E.: En el ETH se doctoró brillantemente en informática, de la mano del propio Wirth, y poco después, en 2003 revolucionó la disciplina con su artículo *Neurobases + heurística = Inteligencia ¿Artificial?* que muchos calificaron como *borrón y cuenta nueva* en ese campo, sin embargo han pasado doce años y no parece que hayamos avanzado mucho.

JJT.: Hemos dejado atrás esa designación horrible de Inteligencia Artificial, tan común entonces, y la hemos sustituido por la mucho más adecuada de Inteligencia Inorgánica, la doble I. (Sonríe)

E.: Es cierto, pero no hay muchos resultados concretos o al menos esa es la perspectiva que tiene el público. Poco después de publicar *Neurobases...* usted abandonó la investigación teórica y se incorporó al ESTEC, el European Space Research and Technology Centre de la ESA, en lo que muchos interpretaron como el reconocimiento explícito de que las Inteligencias Inorgánicas quedaban fuera de nuestro alcance.

JJT.: ¡Nada más lejos de la realidad! Después de *Neurobases...* ya no había mucho más que decir en el plano teórico y era momento de pasar a la experimentación.

E.: Pero usted se integró el Automation & Robotics Laboratory, en el cual ha trabajado estos diez últimos años en el NEIRH, Neuronal Environment Interfaces for Robotic Handling, popularmente conocido como neurofase, proyecto que ha dirigido desde 2008 y cuya comercialización se acaba de anunciar. ¿No está eso muy alejado de la doble Inteligencia Inorgánica?

JJT.: En absoluto, *Neurobases...* sentó los cimientos teóricos sobre los que se debe basar la doble I, pero eso no quiere decir que supiéramos construirla. Por ponerle un ejemplo, las bases teóricas de la fusión nuclear se encuentran firmemente establecidas desde hace más de 70 años, pero apenas acabamos de construir los primeros reactores de fusión. El salto de la teoría a la práctica es mucho mayor y más difícil de lo que el público cree. El ataque frontal está condenado al fracaso, primero es necesario desarrollar proyectos relacionados tangencialmente con la teoría. A través de ellos acumulamos experiencia y obtenemos resultados que atraen a la financiación, un factor primordial puesto que la investigación experimental, a diferencia de la teórica, es terriblemente cara. Tratándose de la doble I, y desde ese punto de vista, el NEIRH resultaba excepcionalmente adecuado. Como sabe, su objetivo es obtener una interfase neuronal de interacción con servomecanismos remotos.

E.: ¿Podría aclararlo para nuestros lectores?

JJT.: Por supuesto. Por ejemplo, un robot minero o el brazo robótico de un vehículo espacial, está equipado con cámaras de televisión cuya imagen se reproduce en una pantalla. De acuerdo a lo que ve, el operador guía al robot mediante un software de interfase ejecutado en un ordenador. Con el NEIRH, la imagen de esas cámaras aparece directamente en el cerebro del operador y sus pensamientos se traducen en ordenes para el servomecanismo.

E.: Es una imagen digna de la ciencia ficción. ¿Es como en las películas? ¿Esos operadores tienen el cráneo lleno de enchufes?

JJT.: ¡Olvídese de toda esa basura! El NEIRH no es más que un pequeño disco de plástico colocado en la parte de atrás de la cabeza, sobre el cerebelo aproximadamente. Se comunica mediante ondas electromagné-

ticas con las células de Purkinje, a través de las cuales transmite al cerebro la información.

E.: Dicho así parece inofensivo. ¿Qué me ocurrirá si el robot que estoy controlando sufre un accidente?

JJT.: (Risas) Seguramente que le despedirán

E.: Sin duda alguna el NEIRH, o neurofase como ya se le conoce, supone un importante avance en diferentes áreas industriales y de ingeniería, sin embargo lo que ha despertado su interés en el público han sido sus posibilidades en el campo del cibersexo. ¿Es cierto que los amos del sexo en la red están presionando muy fuerte para hacerse con la licencia de la neurofase?

JJT.: Es cierto, pero la neurofase no puede utilizarse de esa manera.

E.: ¿No? ¿A qué se debe?

JJT.: Las impresiones que recibe el cerebro a través de la neurofase van mucho más allá de unas imágenes que vemos sin que hayan pasado por los ojos. La neurofase vierte en los nervios sensitivos señales eléctricas comprensibles directamente por el cerebro, sin que este sea capaz de distinguir si provienen de sus sentidos o no, de cualquiera de los sentidos. Esas señales no tienen que proceder necesariamente de periféricos captadores de información, pueden ser generadas artificialmente desde cualquier sistema informático, en binario estándar, y el NEIRH las traduce a código comprensible por el cerebro. Esto, que a primera vista parece fantástico tiene un lado oscuro: el cerebro se habitúa rápidamente a las señales placenteras y pronto no puede prescindir de ellas.

E.: ¿Quiere decir que provoca adicción?

JJT.: Efectivamente, y de forma muy rápida, especialmente si transmitimos a través de la neurofase señales de naturaleza sexual, una de las principales fuentes de placer del cerebro. Por ese motivo, sólo concederé licencias de neurofase para actividades de tipo industrial en las que la señales de entrada al cerebro no puedan producir adicción y se va a excluir expresamente todo lo que pueda estar relacionado con el cibersexo.

E.: Su posición es encomiable, sin embargo la neurofase no le pertenece a usted personalmente si no al Automation & Robotics Laboratory, el A&R, muchas de cuyas patentes ya se emplean en el ámbito del cibersexo. Aunque pocos de sus usuarias, o usuarios, lo sepan, las populares love-machines, esos brazos mecánicos controlables a través de la red y provistos de uno o varios penes de goma, se fabrican con la misma pa-

tente que el brazo robótico de los vehículos espaciales europeos, una patente del A&R, igual que gran parte de la tecnología que se aplica en las vaginas artificiales. Según mis datos, cerca del 40% de la financiación del A&R procede de los royalties devengados por los fabricantes de instrumentos relacionados con el cibersexo. La neurofase puede multiplicar estos beneficios en una escala inimaginable. ¿Cree usted realmente que el A&R va a renunciar a ese chorro de dinero?

E.: Esos aparatos no causan daño físico ni mental a sus usuarios y es perfectamente legítimo que el A&R se financie con ellos, pero la neurofase aplicada al cibersexo crea una adicción tan potente y lo hace tan rápidamente, que las drogas químicas parecen simples caramelos. No podemos cargar sobre nuestras conciencias con cientos de millones de adictos que podrían morir de inanición conectados a la neurofase. Mi postura es muy firme y cuento con el total apoyo del A&R, pero aunque no fuera así, por mi contrato, debo autorizar los usos de los resultados de mis investigaciones y le juré que nunca permitiré aplicaciones que puedan crear dependencia.

De: (en blanco)

Para: personal@JuanJoseTierno.com

Asunto: Tu hija

Cuerpo:

www.follatela.com

El doctor eliminó aquel correo sin prestarle ninguna atención, uno más de la enorme cantidad de spam y basura diversa que recibía desde que su rostro apareció en la portada de los suplementos dominicales de toda la prensa europea. La referencia a su hija no le llamó especialmente la atención, estaba acostumbrado a ganchos mucho más agresivos. Mientras seguía revisando la lista de mensajes, el móvil dio un corto pitido. Sin responder comprobó que se trataba de Berit, su ex-esposa, frunció el ceño y por un momento estuvo a punto de no responder, la menopausia la estaba poniendo histérica. A menudo pensaba que sus aristocráticos genes germánicos exacerbaban el proceso. Por fin suspiro y aceptó la llamada.

—Juanjo ¿qué sabes de Celia? —hacia años que habían dejado de fingir cortesías inútiles. Su hija Celia era la única causa de sus contactos, cada vez más frecuentes, por desgracia. Histerias menopausicas a un

lado, Celia se había convertido en un serio problema. Tenía catorce años cuando se separaron y desde entonces había ido de una punta a otra de Europa, unas veces con su padre a Noordwijk, donde estaba la sede del A&R, otras a Zurich, con su madre, a la que había sido la casa familiar. Los veranos entre España y Alemania con los abuelos paternos y maternos y los inviernos en internados de élite la habían convertido en una muchacha díscola y malcriada. Con diecisiete años fue necesario un discreto aborto, después se fue a París, a estudiar filología francesa en la Sorbona... teóricamente.

El doctor intentó hacer memoria.

—Pues... no sé, hace unos días... me dijo que se iba a la Costa Azul con unos amigos...

—¡Unos días dices! Eso fue hace más de un mes... ¿No has vuelto a hablar con ella desde entonces?

—¿Un mes? ¿Seguro? Puede ser, he estado muy ocupado... ¿Es que pasa algo?

—¡Claro que pasa! Me ha llamado Angeline, su compañera de piso, dice que no ha visto a Celia desde el martes pasado. He llamado a todos los teléfonos que tengo de sus conocidos de París y nadie sabe nada.

—¡No te pongas nerviosa! Ya la conoces, se habrá ido con su último lique y no se acuerda de nadie.

—¡No Juanjo! Tengo el presentimiento de que le ha pasado algo malo.

—Eso mismo dijiste cuando desapareció durante una semana y luego resultó que se había ido a la India con no sé que gurú. Déjame que haga algunas llamadas, seguro que la localizo.

El doctor consultaba su agenda buscando conocidos en París que pudieran saber algo de Celia cuando, con un escalofrío, le vino a la memoria el correo que acababa de borrar. Lo recuperó de la papelera de reciclaje y con una sensación de vacío en el estómago picó en el enlace del cuerpo.

Su hija estaba desnuda, atada a una especie de sillón de ginecólogo de cuyos laterales emergían, como patas de una araña monstruosa, un bosque de brazos robotizados provistos de diferentes modelos de penes. Dos de aquellos instrumentos le estaban penetrando simultáneamente la vagina y el ano mientras el resto revoloteaban en torno a la muchacha, aguardando turno.

Las ciberviolaciones eran una leyenda en la red, pero él siempre se había negado a creer que fueran reales. Ahora descubría su error de la for-

ma más dolorosa. Sabía que aquellos brazos eran controlados por miserables que tendrían sus propias pollas metidas en vaginas artificiales, sincronizadas con los brazos robóticos que violaba a Celia.

Todo tecnología del A&R.

La imagen hizo un zoom hacia el rostro de Celia. La joven intentaba impedir que uno de aquellos instrumentos atravesara la barrera de sus dientes. Los ojos cuajados de lágrimas parecieron clavarse en su padre.

Aterrado, descompuesto de dolor, solo fue capaz de cerrar aquella escena terrible que amenazaba con destrozarle el cerebro.

En su bandeja de entrada había otro mensaje con el mismo asunto: «Tu hija».

Lo abrió y empezó a leer. El texto era muy largo, establecía largas rehilas de condiciones y advertencias pero su significado autentico era muy breve: si no entregaba todos los diseños y especificaciones de la neurofase dejarían a Celia en aquel sillón de ginecólogo hasta que muriera de puro sufrimiento.

Después llegaría el turno de los necrófilos.

—Berit, no puedo hacerlo. Tienes que entenderlo, si entrego esos diseños habrá millones de adictos y muchos morirán.

—¿Sabes lo que eso me importa? ¡Nada! ¡Definitivamente nada! Es mi hija y quiero que la suelten inmediatamente.

—Tenemos que confiar en las autoridades. La están buscando los franceses, los alemanes, los suizos, los holandeses, los españoles... las policías de media Europa van detrás de ella. ¡La encontrarán!

—¡Las autoridades! ¿Qué han hecho en estos dos días? Pasarse la pelota de unos a otros. ¡Eso es lo que han hecho!

—Eso no es cierto, me consta que hay cientos de policías asignados a este caso.

—¡Un caso! ¿Eso es para ti tu hija? ¿Un caso? Eres un maldito trozo de hielo, solo piensas en tus ambiciones. Celia y yo no fuimos nada desde que te fuiste a Noordwijk, nos convertimos en un estorbo y ahora estas dispuesto a dejarla morir solo para no ensuciar tu reputación.

—¡No eres justa! Tengo derecho a perseguir mis sueños, pero esto es diferente. ¿De verdad crees que dejaría morir a Celia por ellos?

—¡Claro que sí! Cuando desapareció ni te acordabas de que tenías una hija, hacía más de un mes que no hablabas con ella...

—He estado muy ocupado, ya te lo dije, el lanzamiento de la neurofase me absorbió por completo.

—¡Desgraciado! Tus malditas investigaciones nos han arruinado la vida a los tres y por su culpa, ahora va a morir mi hija. ¡Entrégales lo que piden! ¡Devuélveme a Celia!

El doctor tardó un buen rato en darse cuenta de que Berit había cortado la comunicación. Se derrumbó sobre la mesa y sollozó amargamente durante mucho tiempo. Luego encendió su ordenador, traspasó a su unidad portátil el equivalente a varios miles de páginas de información, tomó nota de una dirección de correo electrónico y salió en busca de un cibercafé.

—A lo largo de la tarde nos ha llegado la noticia de un luctuoso suceso: el doctor Juan José Tierno fue encontrado muerto en su casa familiar de Molina de Segura, en España. De acuerdo a fuentes de la policía española, todo parece indicar que se trata de un suicidio.

»Como seguramente recordarán nuestros telespectadores, el doctor Tierno saltó a la fama hace algo más de una año por ser el *padre* de la neurofase, la causante de la pandemia sin parangón que sufrimos en la actualidad. Fue despedido por la ESA cuando quedó probado que había difundido su trabajo en internet, a pesar de las restricciones establecidas por la Agencia Espacial, concedora de la peligrosidad de la neurofase.

»Sin embargo no todos culpan al doctor Tierno, o al menos no sólo a él. En las últimas semanas, numerosas asociaciones de afectados y familiares acusan a la ESA de haberse ensañado con el investigador español y, por el contrario, no hacer lo suficiente contra las empresas que ofrecen servicios de neurofase en la red. Según los responsables de estas asociaciones, la ESA, en concreto su laboratorio de Automatización y Robótica, el ya famoso A&R, intenta llegar a acuerdos con los proveedores de cibersexo para no quedarse al margen de los ingentes beneficios que está generando este nuevo negocio.

Berit se despidió de Celia en el aeropuerto Charles De Gaulle. Habían enterrado al doctor Tierno en su tierra y ella continuaba viaje hasta Zúrich. Hizo un tibio intento de convencer a su hija para que la acompañara pero no insistió. Le aguardaba un torbellino de fiestas a las que Berit Von

Schillingsfürst tenía que dar esplendor y categoría y en las que su hija sería un pesado lastre.

Celia vio como Berit pasaba bajo el arco de control y se disolvía en la cola de la puerta de embarque. Al fin podía olvidarla. Con paso vivo, casi frenético, se dirigió a la terminal del metro y contó los minutos hasta llegar a su pequeño apartamento en la Rive Gauche.

Abrió la puerta, dejó caer el equipaje y sin quitarse la ropa de calle conectó el ordenador y se colocó en la cabeza la cinta de la neurofase. Hilos de sudor pegajoso corrían por su rostro empalidecido. En la frente lo notaba frío pero resultaba abrasador al caerle sobre los ojos. Se restregó las lágrimas con una mano temblorosa mientras conducía su avatar, una réplica virtual de si misma, a su escenario preferido: un antro en el que era atacada y violada en masa.